

ros años y su largo exilio. Un material ese acertadamente ampliado y completado con la sección *Cinco miradas sobre Prieto*, sección integrada por las siguientes aportaciones: A. Rivera, “Prieto: medio siglo de liderazgo del socialismo vasco”; J. P. Fusi, “Prieto en la historia del País Vasco”; J. L. de la Granja, “Indalecio Prieto y la cuestión vasca: de la República a la Guerra Civil”; S. Juliá, “Indalecio Prieto: un adelantado en la política de reconciliación”, y A. J. Puerta, “La significación de Indalecio Prieto en la memoria de los socialistas españoles”. Cierra, a modo de apéndice, un selecto y atrayente material complementario presentado con el rótulo *En primera persona. Recuerdos, fuentes y memoria de Indalecio Prieto*.

Son de destacar, aparte la esmerada selección del material aportado (formidable cuerpo de fotografías, en su mayoría poco o nada conocidas), la originalidad e interés de los estudios presentados. También la atenta labor del coordinador y la muy cuidada publicación del *Catálogo* en edición bilingüe castellano-euskera.

JUAN B. VILAR

***Héroes, heterodoxos y traidores. Historia de Euskadiko Ezkerra (1974-1994).***

Gaizka Fernández Soldevilla

Madrid: Tecnos, 2013.  
471 págs.



Intelectuales, modernos, no obreros y yuppies. Así consideraban los ciudadanos vascos a los integrantes de Euskadiko Ezkerra en 1990. O al menos así los veían según las conclusiones del estudio llevado a cabo por el siquiatra Eduardo Montesinos por encargo del secretario general del partido Kepa Aulestia. En el mismo documento, como cita Gaizka Fernández de elevado coste y escasa difusión, se opinaba también que el partido era un “laboratorio de ideas” dedicado a la reflexión y a la innovación. La consideración

de sus dirigentes como “intelectuales” y “no pragmáticos” se unía a otras conclusiones en las que se dudaba de su nacionalismo, cuando no se les tachaba abiertamente de “españolistas”. Finalmente el estudio recogía que los ciudadanos vascos, se supone que nacionalistas, votaban a EE “por exclusión”, lo cual no dejaba de ser preocupante desde el punto de vista de una organización política que trata de influir en los ciudadanos para poder desarrollar un determinado proyecto político. Es de suponer que el efecto que produjo este informe en los dirigentes de la formación política tuvo que ser demoledor, como prueba su escasa difusión. Para incrementar la preocupación que pudieron generar las conclusiones del informe estas se conocieron cuando el partido se encontraba en una difícil tesitura, con una progresiva pérdida de apoyo electoral, y próximo a una división que terminaría con su vida política tras diluirse Euskal Ezkerra (EuE) y fusionarse (absorción más bien) del resto con el Partido Socialista de Euskadi que pasó a denominarse PSE-EE y que, como bien dijo el autor en una entrevista de prensa, solo dejó de Euskadiko Ezkerra las siglas. La trayectoria de este partido, que en palabras del ínclito dirigente del PNV Xabier Arzalluz, “empezó a tiros, dio un viraje revolucionario y, ahora, parece social-

demócrata” es el objeto de estudio de este interesante, ágil y completo libro de Gaizka Fernández.

Libro de larga gestación, resultado de la tesis doctoral del autor, acumula diversos méritos que es necesario tener en cuenta. En primer lugar el haberlo llevado sin financiación de ningún tipo (lo cual no deja de ser preocupante) pero con el activo de la perfecta dirección de José Luis de la Granja, que acumula de este modo un mérito más en su larga trayectoria en la formación de las nuevas generaciones de historiadores vascos.

Como en toda obra de ciclo largo se percibe en ella el proceso de maduración intelectual del autor, en cierto modo parejo al de los protagonistas de su trabajo. En la historia política de EE que nos presenta Gaizka Fernández podemos apreciar dos partes bien diferenciadas. La primera de ellas se extiende desde el capítulo introductorio –importante para aquellos no familiarizados en exceso con el galimatías de siglas, escisiones, purgas y auténtica sopa de letras que llegó a ser la política vasca– hasta 1982, año emblemático en la historia de la reciente democracia española. Ese año la izquierda llegó al poder de manera natural (algo que no ocurría desde 1936) y sin sobresaltos (algo que no ocurrió en 1936)

y además con mayoría absoluta. Pero 1982 pudo ser también el año del comienzo de la inflexión de EE, simbolizado por el fracaso electoral de la fusión EIA-EPK.

Quizás, desde mi punto de vista, esta primera parte tiene una gran importancia. En ella asistimos al proceso de creación de una organización política (EIA) a partir de una organización armada (ETA-PM), con la pretensión de que la política primase sobre la acción armada pero sin renunciar, al menos por el momento, abiertamente a ella. En cierto modo esto equivalía a reconocer que la estrategia de lucha armada había fracasado, algo que algunos iban a tardar treinta y cinco años y más de ochocientos muertos en reconocer para llegar casi a la misma conclusión. A partir de ese momento EIA comenzó un camino que desembocó en la creación de Euskadiko Ezkerra, una formación nacionalista, de izquierdas, que iba evolucionando del comunismo declarado en la ponencia “Otsagabía” –incluidas fusiones con la rama vasca del PCE– al socialismo –con la pretensión de ocupar el espacio del Partido Socialista de Euskadi– y que jugó un papel decisivo en la desaparición de lo que había sido su casa matriz: ETA Político-Militar. Por cierto este capítulo, pese a que la historia es conocida

en líneas generales, tiene una serie de cuestiones destacables. En primer lugar la propia exposición de los esfuerzos por poner fin a la violencia de una de las organizaciones terroristas que actuaban en el País Vasco. En segundo lugar porque agota hasta sus últimas consecuencias la evolución de los “octavos”, escisión de ETA-PM que se negó a abandonar las armas. El camino seguido por este grupo culminó el proceso constitutivo de lo que hemos conocido en las últimas décadas como ETA a secas, la mayor parte de las veces sin su apellido “militar”, al ser la única organización terrorista que subsistió tras la desaparición de los Comandos Autónomos Anticapitalistas. A partir de ese momento los revolucionarios de EE se convirtieron en traidores para amplios sectores de la llamada “izquierda abertzale”. Los nacionalistas de EE se convirtieron en heterodoxos y se situaron en un terreno incierto, tierra de nadie dice el autor. Euskadiko Ezkerra pasaba a disputar con el sector más moderado del nacionalismo radical y con el sector más radical del PNV un espacio electoral al que también aspiraba el ala más vasquista del socialismo vasco. En esas circunstancias era difícil encontrar un espacio propio y diferenciado. De repente se habían convertido en unos heterodoxos para unos, traidores para otros y

héroes –por su éxito en la desaparición de ETA-PM- para su propia militancia.

La segunda parte que creo detectar en el libro, no es menos interesante y sugerente por la cercanía. Ésta se extiende desde comienzos de la década de los ochenta hasta la desaparición del partido. La renuncia de Mario Onaindía a la secretaría general parece dar paso a “un partido tradicional”, jerarquizado, organizado al estilo del resto y dirigido por “profesionales” en palabras del autor. A partir de ese momento asistimos a un estudio más “clásico” de la historia de un partido. La sucesión de Onaindía por Aulestia dio paso a un periodo de importante evolución del partido. Se aceptó la Constitución de 1978, posiblemente el Rubicón de los “euskadikos”, entró a formar parte del Gobierno vasco a la vez que comenzaba un desgaste y descenso electoral que finalmente acabaría por liquidar el partido. Las fallidas experiencias de gobierno, en las que se llegó a formar un gobierno tripartito “abertzale” junto con el PNV y Eusko Alkartasuna, escisión del primero, y que acabó de manera precipitada y traumática. El nacionalismo moderado “jeltzale” buscó el apoyo del PSE con el fin de hacer gobernable el País Vasco pese a que ello podía significar el sacrificio de un ideal estrictamente nacio-

nalista. El PNV fue el gran beneficiado de esta operación. A la vez que se deshacía de dos incómodos socios, daba muestras de “responsabilidad” al poner por delante el bienestar del país que sus aspiraciones abertzales a las que volvería brevemente en 1998 a raíz del llamado “Pacto de Estella”. La salida de Euskadiko Ezkerra de las instituciones marcó el punto de inflexión del partido y dio comienzo al camino que acabaría en 1993 con la desaparición del mismo.

Los últimos capítulos de la obra de Gaizka Fernández analizan el declive electoral de Euskadiko Ezkerra y su descomposición interna. Sus virajes ideológicos, con la esperanza de encontrar un espacio político que cada vez les era más complicado delimitar, y el final; la escisión entre una rama nacionalista, Euskal Ezkerra, y otra más socialdemócrata que se integró en el PSE ocupan los últimos capítulos. Con respecto a la confluencia con el PSE tiene interés como tanto Mario Onaindía como Ramón Jauregui elaboraron una hoja de ruta tendente a acabar con la hegemonía política del PNV. Este intento, asociado al giro “vasquista” del PSE no dio los resultados deseados. El fracaso de este intento provocó que fuera el propio PSE-EE el que girara hacia posiciones más españolistas que se concre-

taron en posturas cercanas al Partido Popular en medio de una violenta ofensiva terrorista, que situó a los cargos públicos populares y socialistas en su punto de mira. Pero para ese momento lo que de Euskadiko Ezkerra entró en el PSE ya quedaba poco.

Son muchos los aspectos de interés de la obra que estamos comentando pero no quiero dejar de mencionar el capítulo dedicado a la gestación del Pacto de Ajuria Enea. Firmado el 12 de enero de 1988 fue posiblemente la piedra angular sobre la que se edificó el final de la violencia. Pese a que la amenaza terrorista se prolongó durante 23 años más, al menos oficialmente hasta el 20 de octubre de 2011, y generó todavía mucho dolor y sufrimiento lo cierto que es que ya nada fue lo mismo después de aquel pacto. Por eso resulta de especial importancia la influencia de Euskadiko Ezkerra, y de su secretario general Kepa Aulestia, en el origen del mismo. Primero elaborando un borrador que sería el arranque del mismo y, luego, interviniendo para que el representante de Eusko Alkartasuna regresase a la mesa de negociación y firmase el pacto.

Para ir concluyendo creo que la heterodoxia de Euskadiko Ezkerra es el aspecto más destacable de su historia. Heterodoxia que concreta el autor en la desmitificación del

nacionalismo, deshaciendo las tergiversaciones históricas sobre las que se había hecho funcionar el relato del “conflicto vasco”. Heterodoxia en la introducción de nuevos valores como la tolerancia, el consenso o el respeto al marco jurídico como bases para superar la dicotomía entre nacionalistas y no nacionalistas. Y, finalmente, heterodoxia en la ironía y el humor que ejerció un papel corrosivo de la fe patriótica y vacuna contra fanatismos. Estos comportamientos acabaron situando a Euskadiko Ezkerra en una incómoda posición. Rechazado por el inmovilista mundo de Herri Batasuna, que los consideraba traidores a la causa vasca, y del canónico del PNV, a cuyos ojos eran poco más o menos unos herejes. Esto obligó al partido a una huída hacia adelante que a la larga sería la causa de su desaparición. En cierto modo, recordado los westerns que tanto gustaban a Mario Onaindía, se encontraron “solos ante el peligro” en su dicotomía entre sus sentimientos y su deber.

En resumen podemos decir que estamos ante un estudio de gran valía. Riguroso y sistemático y llevado a cabo con una metodología y planificación que, lo siento por algunos, solo se adquiere con una sólida formación académica. La obra de Gaizka Fernández es un aporte de primera mag-

nitud a la historiografía del pasado reciente del País Vasco. El autor es uno de los más claros exponentes de una nueva generación de historiadores vascos a los que va a corresponder analizar la Transición y las primeras décadas de autogobierno hasta los primeros años del siglo XXI. Posiblemente gracias a obras como de la Gaizka Fernández y otros historiadores de su generación podemos comprender, y hacer comprender a las generaciones venideras, como se desperdiciaron muchos años y muchas vidas en aras de un imaginario inventado que no soportó los embates críticos de gentes como los que formaron Euskadiko Ezkerra y que se deshizo como un azucarillo en un vaso de agua.

PEDRO BARRUSO  
BARÉS